

fue general la lástima que las gentes hizieron, por la falta que a tal sazón les hacía este valiente Capitán, cuyo cuerpo en el día siguiente fue enterrado en el cimiterio de la Iglesia del mismo pueblo de Yrún, con la solemnidad debida a semejante hidalgo y Capitán¹¹.

Dejaremos para más adelante el que Chanfarron y Pérez de Azcue compartan el mismo cementerio, y cómo lo comparten. Nos interesa ahora advertir cómo en su muerte Azcue ha sido fiel hasta el fin a lo que, parafraseando a Glinka, podría denominarse «una vida por la tierra». Porque es el caso que Azcue era natural de la misma Fuenterrabía ocupada ahora por los franceses¹². Pero aunque, por el deseo de librar de enemigos a su villa natal, tuviera razones personales añadidas para su «belicosidad», también en el momento de la muerte se aprecia una conducta solidaria con los suyos, comunal. Azcue cede su «presa» a un soldado de su compañía, quizá por considerarlo más diestro en el tiro a distancia o, simplemente, porque sabe que los alardes innecesarios del capitán no tenían por qué redundar en mayor utilidad para el objetivo que se había trazado: «la defensa de la tierra y ofensa del enemigo». Azcue no vivió para verlo, pero muchos de sus paisanos le recordarán un año y medio más tarde, cuando en marzo de 1524, con el Emperador en persona asistiendo desde Vitoria «a la ordenación de las cosas de esta guerra», Monsieur de Franget, gobernador francés de Fuenterrabía que había sustituido a Chanfarron, rindió la plaza al Condestable de Castilla.

III. Tiempo acelerado vs. tiempo «flexible» y desplazamientos en zig-zag vs. desplazamiento lineal

Entre otros haces de 'isotopías temáticas' contrapuestas que pueden desvelarse en un relato tan coherente y trabado semánticamente como lo es, a mi juicio, el texto de Garibay, nos interesan en especial las más abstractas. No recurriremos aquí —aunque podría hacerse y hayamos pecado de ello en otras ocasiones—, a representaciones gráficas (grafemas, que a veces no son sino 'mememas', 'majaderemas' o algo peor, según los bautizó Antonio Carreira hace ya años). Bastará indicar que, en cuanto al manejo o manipulación del tiempo, los protagonistas o 'actantes' del relato siguen ritmos radicalmente opuestos. El tempo rápido, o, si se prefiere, apresuramiento irreflexivo, está en la base de toda la actuación de Chanfarron. Llegado a Fuenterrabía un domingo, profiere ya su juramento de incendiar Irún. Al otro día, lunes (día fatídico por excelencia en el folclore y la litera-

¹¹ E. de Garibay, Los XL libros del Compendio histórico..., ed. y vol. cit., p. 537b.

¹² Así lo indicaba ya Zaldibia, y lo corrobora Garibay la primera vez que lo menciona: «En esta sazón se hallavan en Yrún dos Capitanes, que entretenían a la gente de la mesma tierra y de Fuenterravía, la que andava fuera, y de Ojarçun y Rentería y de su comarca, a sueldo del Emperador con cada quatroçientos hombres; y el uno se dezía Juan Pérez de Azcue, vezino y natural de Fuenterravía, de los más animosos y arrisgados Capitanes que en este tiempo havia en la nación Española, que, haviendo desamparado su patria y hacienda, se hallava en servicio de su natural Príncipe», Los XL libros del Compendio histórico..., ed. y vol. cit., p. 532a.

tura oral) Chanfarron emprende su expedición de castigo, y es derrotado y herido gravemente. El martes, al amanecer, muere; y ese mismo día es enterrado. A este Julio César del revés, que puede evocarnos también al corrido mexicano paródico de Pancho López, le han bastado tres días para llegar, ver y morir; y, de paso, frustrar las esperanzas del rey de Francia de consolidar la ocupación de Fuenterrabía. Máximo exponente visual de ese tiempo acelerado será, claro está, la fuga que precede a su herida de muerte, una huida provocada por el espanto, y «a mayor priessa» aún de la que le llevó a la orilla izquierda del Amute.

Frente a ese tiempo unidimensional en su aceleración sostenida hacia el fracaso, Pérez de Azcue y los naturales de la tierra saben alternar distintos ritmos temporales ajustados a lo que en cada momento desean conseguir. De entrada, Azcue es definido por un uso del tiempo «estático», cuando Garibay nos lo presenta en Mendelo, «atalayando» a Fuenterrabía y «deseando, como otras veces, hazer alguna presa de los franceses». Se trata del tiempo lento del cazador, la espera indefinida del que acecha, incompatible con cualquier forma de impaciencia, como la que aquejaba al francés. A continuación, el capitán guipuzcoano tendrá que pasar a acomodarse al ritmo rápido del ejército de Chanfarron y superarlo, incluso, para poder anticiparse y darle frente antes de que cruce el río. Allí, de nuevo, su objetivo será remansar el fluir temporal, hasta detenerlo, en la escena en la que entretiene a Chanfarron mientras a marchas forzadas llegan sus compañeros de armas. Seguidamente nuevo cambio de tercio, porque la persecución o, en términos militares de la época, el «alcance» de los enemigos en fuga, habrá de superar la rapidez con que huyen los franceses, y prueba de que ello es así son los «más de trescientos muertos» y «más de cuatrocientos» prisioneros que los de la tierra hacen en su «seguimiento de la victoria», hasta llegar a los muros de Fuenterrabía. Y no es éste el último cambio de tiempos, pues es fácil suponer que el regreso de Azcue y los suyos desde la plaza enemiga, y sin contrarios que les hostiguen, se hace a una marcha mucho más lenta que la de la persecución. Más lenta aún, y con sus ribetes de solemnidad, será la entrada triunfal en Irún de los «hidalgos» victoriosos, con empaque de tales hidalgos y una impedimenta de prisioneros entre los que figura el máximo jefe enemigo, el malherido Monsieur de Chanfarron.

El último contraste y, en mi opinión, el decisivo, es el que cabe establecer entre los desplazamientos espaciales de unos y otros protagonistas del relato. Los guipuzcoanos de Pérez de Azcue salen de Irún y se sitúan en Mendelo, a la vista y «a distancia de tres tiros de arcabuz» de Fuenterrabía. Retroceden después hasta la mitad, aproximada, del intervalo que separa ambas villas. Ese punto medio, marcado simbólicamente por un ria-

chuelo de escaso caudal, afluente del Bidasoa, es rebasado por Azcue y su partida («los siete contra Francia») que se colocan en la orilla derecha, de la parte de Irún. Volverán a continuación a avanzar hasta Fuenterrabía, recorriendo otra vez, pero en sentido inverso, esa media distancia entre las dos poblaciones. Y, por fin, regresarán hasta Irún, completando la distancia máxima posible del universo espacial en que se mueven. En suma, cuatro desplazamientos de avance y retroceso, del todo simétricos (una letra «M» que se curvara sobre sí misma), puesto que los dos «exteriores», el primero y el último, además de tener sentido opuesto entre sí contrastan con los dos «centrales», también en zig-zag, por ser doblemente largos. Frente a esa variedad y abundancia de movimientos, el espacio en que se mueve el francés no puede ser más simple. Chanfarron se desplaza linealmente, buscando la distancia más corta, en justa homología al tiempo acelerado que guía sus acciones. Sale desde Fuenterrabía en dirección a Irún por la parte llana, «la parte de la ribera», es decir la cota más baja, «por donde va ahora el camino Real». Ese itinerario rectilíneo —por lo menos idealmente—, tiene una sola interrupción que resulta ser temporal y no espacial cuando Chanfarron detiene su marcha para proponer el desafío. Tampoco es significativa la vuelta atrás de la huida, dado que además de ser muy corta, en su caso, tendría lugar sobre la misma línea del camino de venida. Una vez herido de gravedad, quedará tendido en el lodo hasta que regresen los enemigos vencedores, que lo transportarán a Irún siguiendo la misma línea recta que el capitán francés hubiera querido completar en otras circunstancias muy distintas.

Cabría pensar que el traslado del moribundo a Irún equivale en el fondo a la acción de cortar la cabeza del vencido como trofeo, que imaginaba Zaldibia; del mismo modo que «trofeo» múltiple son los cuatrocientos prisioneros que los vencedores llevan consigo. Creo, sin embargo, que es simbólica y cualitativamente muy distinto el que Chanfarron entre todavía vivo en la villa que había prometido, «con juramento», incendiar. Al margen de la obvia exhibición de la victoria de las milicias de la tierra ante sus paisanos, se da aquí un componente añadido de humillación para el jefe contrario que se había conducido con una soberbia excesiva y reprobable. Los guipuzcoanos siguen una pauta implícita que podemos ver reiterada en otros ámbitos y otras épocas. Así, cuando el general Ottavio Piccolomini derrota al ejército del mariscal Feuquières que asediaba, en 1639, la ciudad de Thionville (o Diedenhofen) en Lorena-Luxemburgo, prende al general enemigo, herido también de gravedad, y le hace penetrar en la villa para que «cumpliera la palabra» que había dado a su rey de entrar en la ciudad en pocos días¹³. Supongo que otros testimonios de tal situación arquetípica de humillación podrían rastrearse desde la antigüedad clásica. Como «arquetípi-

¹³ En carta dirigida al Emperador y al Cardenal Infante D. Fernando de Austria, impresa como relación de sucesos, afirmaba Piccolomini: «Li Francesi hanno perduto tutta la loro Infanteria [...] e ne restano prigionieri 3.000, oltre da 300 Officiali maggiori e minori, fra quelli é il Generale Fochieres, che fu fatto prigionero [...], e poi che era ferito d'una moschetata nel braccio, l'ho fatto mettere in Thionvil, con che ha mantenuto la parola che haveva data al suo Re d'entrare in poco tempo in detta Villa», Lettera scritta a S. M. Cesarea dal Marescial di Campo Sig. Conte Piccolomini sopra la vittoria da lui ottenuta contro l'esercito Francese sotto Thionville (Genova: G. M. Farro- ni & Compagni, 1639). Un texto algo distinto publica G. B. Mannucci, «Il maresciallo Ottavio Piccolomini», *Bulletino senese di storia patria* XXXV-XXXVI (1928-29), p. 10.

co», también, resulta ser que los guipuzcoanos hagan a Chanfarron cruzar *a posteriori* el río que ya no volverá a pasar; el «más allá» de las aguas, aunque se trate de las del Amute, es el otro mundo, el de la muerte del día siguiente y prefigurada ya aquí con el símbolo consagrado por el folclore de todos los pueblos.

Más sorprendente es, no sé si por su refinamiento o por su primitivismo, el episodio final de la historia de Chanfarron. Se recordará que, según concluía Garibay: «Venía Mosiur de Chanfarron mortalmente herido, y así falleció en el día siguiente, martes, al romper del día; y luego con mucha honra fue enterrado solenemente en el cementerio de la Iglesia parroquial del mismo pueblo [de Irún]».

En realidad, las prácticas militares de la época —y de cualquier tiempo— establecían la norma de devolver a los suyos los muertos de alto rango caídos en acción de guerra. Lejos de ello, los de Irún se apresuran («y luego») a enterrar el cuerpo de Chanfarron en su cementerio parroquial, aunque, eso sí, con toda solemnidad y «con mucha honra». Pero, ¿honra para quién? Cuesta trabajo creer que la población de Irún honrase sincera y devotamente a quien había jurado incendiar sus casas y fue muerto mientras se disponía a hacerlo. Ciertamente, las «honras» de ese entierro no pudieron ser las mismas que se tributaron un año después a Pérez de Azcue, muerto junto a Fuenterrabía y trasladado *exprofeso* al mismo cementerio de Irún, donde «fue general la lástima que las gentes hicieron» y fue sepultado «con la solemnidad debida a semejante hidalgo y Capitán». Nada de ello se aplicaba a Chanfarron, y lo que en el caso del defensor de la tierra fue «general lástima», en el del agresor hubo de ser más bien general alivio y hasta regocijo por verse libres de un enemigo que había dado pruebas notorias de inhumanidad y arrogancia.

Creo, pues, que al apropiarse del cuerpo de Chanfarron y enterrarlo en su cementerio, los de Irún se honran en realidad a sí mismos, al mismo tiempo que asestan a la memoria del caudillo hostil la máxima humillación final, superior aún a la de hacerle ingresar malherido en la villa que quiso y no pudo incendiar. Otras funciones posibles, para el imaginario colectivo, vendrían dadas por el efecto disuasorio que un Chanfarron enterrado en Irún puede tener para otros posibles futuros agresores; o por la calidad de «talismán» que la posesión e «ingestión» (metafórica o literal) de las reliquias del enemigo muerto se ha supuesto que tienen en ciertas concepciones elementales compartidas por varias culturas e individuos poco gratos, desde Atila a la Maffia siciliana y Bokassa I, aunque no sólo por ellos o ellas. Pero mejor será no seguir por esa vía.

La interpretación que queda esbozada se refuerza, en mi opinión, con la evidencia del viejo «cantar vascongado» que —insistamos— Garibay no